

El futuro de la Iglesia de los pobres

Identidad y resistencia en el sistema de globalización neoliberal

Pablo Richard

Introducción

Al iniciarse la década de los noventa el mundo cambió rápidamente: crisis de los socialismos históricos, derrumbe de la Unión Soviética, fin de la guerra fría, integración mundial en un sistema único de economía de libre mercado, proceso de globalización, surgimiento de un nuevo orden internacional, triunfo de la ideología neo-liberal, hegemonía de una nueva cultura tecnocrática y de mercado. No es ya simplemente una época de cambios, sino un cambio de época. Todo esto está provocando rupturas y crisis profundas, que muchos interpretan como el fin de la modernidad, incluso como una crisis de la civilización occidental. Algunos hablan de postmodernidad, como un nuevo mundo que estaría naciendo; para otros la postmodernidad no es sino la crisis de la modernidad, una modernidad in extremis. En todo caso hay una crisis global del pensamiento crítico, una crisis de paradigmas; hay una crisis de la esperanza y se proclama el fin de las utopías.

Necesitamos ciertamente una evaluación crítica de todos estos procesos, pero surge desde ya una pregunta fundamental: ¿Tenemos como Iglesia conciencia del cambio de época que estamos viviendo? ¿Cómo los procesos actuales van a influir en la Iglesia? ¿Cómo la Iglesia evangelizará el mundo en el siglo XXI y en el tercer milenio? ¿Tendrá una Iglesia profética y evangelizadora un futuro significativo en

el mundo que viene? ¿Será verdad —como algunos dicen— que en el siglo XXI tendremos un cristianismo sin Iglesia y que la Iglesia sólo podrá sobrevivir compitiendo en el mercado de las nuevas religiones? ¿Dependerá el futuro de la Iglesia únicamente de la eficiencia de su organización y de su poder institucional?

MI intención en este artículo es responder a estas interrogantes desde la realidad concreta de la Iglesia de los Pobres en América Latina, dejando de lado una perspectiva abstracta o universal. Cuando digo Iglesia de los Pobres me refiero a un modelo concreto de Iglesia, a una manera de ser Iglesia, aquella que se sitúa en la tradición del Concilio Vaticano II y de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano celebradas en Medellín, Puebla y Santo Domingo. Se trata de un modelo de Iglesia que asume la opción preferencial por los pobres como opción pastoral fundamental, una Iglesia que se entiende así misma como Pueblo de Dios, como Iglesia comunión de comunidades. La Iglesia de los Pobres es un modelo de Iglesia participativo, donde todos los excluidos se sienten especialmente acogidos y privilegiados. La Iglesia de los Pobres no es otra Iglesia, sino una nueva manera de ser Iglesia, fiel al Espíritu y a la Palabra de Dios, que no olvida a sus profetas y mártires. Nuestra pregunta es por el futuro de este modelo de Iglesia en el siglo XXI. No podemos responder aquí por la Iglesia como totalidad o por otros modelos de Iglesia propios del Primer Mundo o de los países del Este de Europa. En esos mundos la Iglesia vive una crisis diferente, que no podemos universalizar ni menos proyectar al Tercer Mundo. Pienso que debemos enfocar el tercer milenio definitivamente desde la perspectiva del Tercer Mundo; es la única forma de tener una perspectiva universal de la Iglesia y no una perspectiva reduccionista, puramente occidental y eurocéntrica. Para ser concretos, nos referimos en este artículo principalmente a la Iglesia católica, pero con un horizonte claramente ecuménico.

Es muy importante definir aquí el espíritu que nos anima: un espíritu que nos anima: un espíritu de reconciliación y unidad, que pone fin a la "guerra fría" dentro de la Iglesia y que supera las polarizaciones y radicalismos verbales agotadores y estériles; se busca evitar hoy día la confrontación intraeclesial, para crecer unidos a partir de la fuerza

que como Iglesia de los Pobres nos es propia. La única confrontación válida es la confrontación con la realidad y con la Palabra de Dios. Los desafíos hacia el futuro son tan gigantescos, que se impone la lógica de la tolerancia, de la unidad y de la colaboración de todas las fuerzas vivas de la Iglesia. Esta Iglesia de los Pobres, como signo del Reino de Dios, es necesaria hoy más que nunca para salvar la vida de los pobres y de los excluidos. Es por eso que la amamos y la defendemos. Es Iglesia de los Pobres, porque son especialmente los pobres los que encuentran en ella un espacio de fe, de vida y de esperanza. Este espíritu está ya naciendo en nuestra Iglesia latino-americana.

Vivimos un tiempo de transición: murieron las esperanzas de los años ochenta y todavía no se perfilan las alternativas del siglo XXI. Más bien sufrimos el triunfalismo de los "vencedores" de la guerra fría y la prepotencia del nuevo orden internacional y del proceso totalitario de globalización. En tiempos de transición muchos sucumben en la confusión o en las desesperanza. Se utiliza la caída de los socialismos históricos para destruir toda búsqueda de alternativas. Se utiliza también la crisis del marxismo, para deslegitimar todo pensamiento crítico. No vivimos ciertamente un tiempo profundo de construcción de fundamentos. Hoy día hay tanta esperanza como en el pasado, sólo que ahora la esperanza pasa por espacios diferentes, pasa por miles y miles de pequeñas experiencias de base, donde se está construyendo sobre fundamentos sólidos un futuro diferente. Como dijo un líder de base:

Ya pasaron los tiempos de los elefantes, ahora trabajamos como hormigas y arañas. Las hormigas son chiquitas, pero son muchas y bien coordinadas. Las arañas construyen redes. Nuestra fuerza no está en las grandes instituciones, sino en las redes que se van tejiendo en la base.

De estas hormigas y de estas redes va surgiendo una nueva globalización desde abajo. "Más vale encender una luz que maldecir las tinieblas". La esperanza, en este período de transición, pasa más por lo cualitativo que por lo cuantitativo. Como cristianos no podemos aceptar el discurso sobre la muerte de las utopías. La utopía es importante porque orienta y da sentido a nuestra acción; además, las utopías pueden ser adelantadas y celebradas en pequeños triunfos y afirmaciones de vida en medio de la situación presente. La fuerza de la Iglesia está, por lo demás, justamente en su dimensión trascendente y

escatológica; no en una escatología del fin del mundo o de otro mundo, sino en la escatología ya realizada en el mundo por la Resurrección de Cristo, vivida en la Iglesia en la celebración de la Palabra del Bautismo y la Eucaristía.

1. Desafíos para la Iglesia de los Pobres en el nuevo contexto económico y político neo-liberal

1.1. La lógica de la exclusión y de la destrucción de la naturaleza

Hay dos tendencias estructurales en el actual sistema de libre mercado que desafían directamente la vida y la identidad de la Iglesia de los Pobres en América Latina. La primera tendencia es la exclusión de las mayorías y la segunda es la destrucción de la naturaleza. En el pasado existía un modelo de desarrollo planificado en función de todos. Se daba la intención y la lógica de un desarrollo nacional, aunque en la práctica esto nunca llegara a cumplirse. Hoy, este capitalismo de desarrollo se da por fracasado. Mucho se habla de la crisis de los socialismos históricos en el Este, sin embargo poco se habla de este fracaso del capitalismo de desarrollo en el Sur. Lo que nace hoy día con el nuevo sistema global de libre mercado, es una lógica nueva: el desarrollo ya no es pensado en función de todos y en armonía con la naturaleza. En el Tercer Mundo en general, y a nivel de las naciones en particular, de manera consciente se excluye a grandes mayorías humanas en la planificación del desarrollo económico, político y social. El sistema definitivamente no es para todos. No todos están invitados al banquete neo-liberal. Las mayorías son conscientemente excluidas, no cuentan ni como mano de obra ni como mercado; son mayorías desechables. La exclusión y la destrucción de la naturaleza no es apenas un efecto no deseado de un sistema considerado bueno, sino que es la lógica esencial de la globalidad del sistema. El sistema necesita excluir y prescindir de la conservación de la naturaleza para poder desarrollarse.

Los efectos de esta lógica están ya a la vista: fragmentación social, destrucción de las estructuras sociales tradicionales, empezando por la familia; desempleo creciente (en la actualidad, ser explotado es un privilegio); deterioro de las condiciones de vida, pues el sistema no

considera rentable invertir en la educación y la salud de aquellos considerados como desechables; aumento de la criminalidad y de la violencia (en El Salvador, por ejemplo, durante la guerra morían en promedio de 13 personas diarias; hoy mueren 23); aumenta la violencia del pobre contra el pobre: del hombre contra la mujer, del adulto contra el niño y el joven, del vecino contra el vecino; crecen las epidemias masivas e incontrolables, etc., etc.

La otra tendencia del sistema actual de libre mercado es la destrucción de la naturaleza. Es claro que la conservación de los recursos naturales no entra en los criterios de desarrollo del sistema, tampoco en los criterios de eficiencia y rentabilidad, que son los valores absolutos del libre mercado. Antigualmente, algunos maquiavélicos defendían que el fin justificaba los medios; hoy día los medios son tan abundantes, diversificados y eficaces, que hemos perdido totalmente el sentido final del progreso y del desarrollo, que es la plenitud de la vida humana y de la creación de Dios. El dominio moderno de los medios sirve para destruir el fin.

La Iglesia no puede aceptar esta lógica de la exclusión. La Iglesia sólo puede aceptar una sociedad "donde quepan todos", y donde todos tengan vida y vida en abundancia. La vida para todos, en especial para los pobres, es el signo de la llegada del Reino y el criterio fundamental para discernir lo que es racional, lo que es bueno, verdadero y bello. La lógica del evangelio es dejar a las 99 ovejas organizadas, para ir en busca de la única perdida; o la lógica del Padre bueno que se alegra por el hijo pródigo, menos rentable y eficiente que su hijo mayor (cf. Lc 15). La lógica de la exclusión es antagónica a la lógica de la opción preferencial por los pobres. Los excluidos son los primeros y los privilegiados en el Reino de Dios. La Iglesia tampoco puede aceptar un modelo de progreso y de desarrollo contrario a la creación y a la naturaleza.

1.2. La lógica del poder político dominante y la reconstrucción del Estado

En la actualidad es impensable una toma del poder político que vaya en contra del sistema de economía de libre mercado. La integración económica mundial y el sistema de globalización hacen

imposible toda alternativa política al sistema. Si una nación se rebela contra la lógica del sistema, de inmediato sufre la agresión y el bloqueo económico y financiero simplemente es ignorada y condenada a su desaparición y muerte. La toma del poder a nivel nacional es función de un programa popular de vida para todos, es así imposible. Además, como toda la vida de un país está ya determinada por el sistema económico y financiero internacional, el poder político nacional llega a ser irrelevante. Las elecciones nacionales no responden a una variedad de ideas, programas o estrategias políticas, sino que son verdaderas empresas comerciales al servicio de grupos económicos en pugna por un mayor enriquecimiento personal de sus partidarios. La consecuencia de todo esto ha sido la corrupción política, hoy día generalizada y creciente en todos los países latinoamericanos. En síntesis: el poder político ha llegado a ser imposible, irrelevante y corrupto.

Otro fenómeno en este mismo campo del poder es la concepción del Estado. La ideología neo-liberal ve en el Estado (sobre todo en el Estado social o protector, al servicio de los pobres y de la defensa de la naturaleza), un enemigo y un obstáculo al desarrollo del mercado. La utopía neo-liberal es substituir el Estado por el mercado; que el mercado, dejado a su libre desarrollo, solucione todos los problemas económicos y sociales. Así se busca reducir al Estado a su mínima expresión.

Esta irrelevancia y corrupción del poder político no nos debe llevar a un apoliticismo, a una despolitización o a una condena de todo poder político, sino a una crítica ética y profética del ejercicio del poder. Todos sabemos que el poder corrompe, y que el poder absoluto corrompe absolutamente, por eso una crítica permanente al ejercicio del poder ha sido siempre y en toda situación política una tarea ineludible de la función profética de la Iglesia. Igualmente, la tradición católica ha defendido una concepción del Estado al servicio del bien común, en especial al servicio de los pobres y excluidos. En la tradición liberal clásica se ha interpretado el Estado como la Bestia del Apocalipsis (Ap. 13); por el contrario, en la tradición católica, la Bestia no es el Estado, sino cualquier sistema económico y político que llega a ser absoluto y criminal; en su juicio sobre el Estado la Iglesia ha utilizado más bien el capítulo 13 de la carta a los Romanos, donde se afirma que toda

autoridad viene de Dios. Hoy tenemos que luchar positivamente por una concepción nueva del Estado, un Estado nacional que esté por encima de los intereses del mercado internacional, que defienda la vida de todos, en particular de los pobres y de la naturaleza. También la Iglesia debe rescatar proféticamente un ejercicio honesto de la política en función de la reconstrucción de un Estado nacional y democrático.

1.3. La reconstrucción de la sociedad civil y la defensa de la vida de los excluidos

Hoy vivimos, como respuesta a la destrucción de la política y del Estado, un desplazamiento positivo desde la sociedad política hacia la sociedad civil. La prioridad ya no es tomar el poder desde la sociedad civil, desde abajo, desde la base. Como el poder político se ha hecho imposible, irrelevante y corrupto, todos los esfuerzos liberadores se vuelcan a la sociedad civil. La esperanza pasa ahora, no directamente por la política, sino más bien por la sociedad civil. Esto está implicando un cierto proceso de despolitización y des-ideologización que a corto plazo se hace quizás necesario y conveniente, si bien a mediano plazo se transforma en otro proceso de repolitización desde la sociedad civil. No se abandona la dimensión política, pero sí se hace una crítica al ejercicio actual del poder y se busca reconstruir el poder desde una nueva perspectiva.

¿Cómo podríamos definir la sociedad civil? Aquí no asumimos el concepto tradicional ilustrado de sociedad civil como sociedad civilizada, opuesta tanto al orden natural como a la sociedad religiosa. También rechazamos el concepto neo-liberal de sociedad civil como transformación cultural y ética de la sociedad tradicional para el buen funcionamiento del mercado. Aquí nos interesa la sociedad civil democrática y popular que se va constituyendo y expresando a través de los movimientos sociales, tales como los de liberación de la mujer, los indígenas y afroamericanos, los de jóvenes y niños, los alternativos en la producción y comercialización, los de salud popular y educación popular, los de derechos humanos y de solidaridad, los ecológicos y tantos otros movimientos populares que van reconstruyendo el poder alternativo y el tejido social de base.

En esta nueva sociedad civil, que nace desde abajo y desde los oprimidos y excluidos, se van configurando nuevos sujetos: las mujeres, los indígenas, los negros, jóvenes, niños, campesinos, los moradores sub-urbanos, y todos aquellos que se organizan para construir "una sociedad donde quepan todos". Todos estos sujetos van formando lentamente una alianza entre ellos, van creando un consenso alternativo y una globalización desde abajo al interior de la sociedad civil.

En esta construcción de una sociedad civil alternativa está naciendo un nuevo tipo de conciencia. En el pasado la conciencia era casi exclusivamente una conciencia de clase, politizada en torno al problema de la toma del poder. Hoy la conciencia se constituye con otros elementos igualmente esenciales. Además del elemento de clase, entran con igual fuerza los elementos de género, cultura, naturaleza y generación (tal como emergen, a manera de ejemplo, en los movimientos de liberación de la mujer, los movimientos indígenas, ecológicos y de jóvenes). También podríamos agregar, en la reconstrucción de la conciencia, los elementos comunitario, ético y espiritual.

En la sociedad civil la perspectiva es, como ya dijimos, no la toma del poder, sino la construcción de un nuevo poder, desde abajo y desde los excluidos. Esto implica necesariamente un ejercicio del poder que tiene un carácter político, pero con una amplitud, una metodología y un espíritu, radicalmente distintos. Ahora, el sujeto del poder es una alianza de muchos nuevos sujetos con una conciencia mucho más compleja (clase-género-cultura-naturaleza-generación-comunidad-ética y espíritu). Hay una repolitización desde abajo, local, comunitaria, donde participan todos los nuevos sujetos, con una nueva conciencia, donde se incluye a la misma naturaleza. Entra ahora con fuerza el poder de la cultura, de la ética, del espíritu.

El objetivo político de la sociedad civil es la reconstrucción del Estado. El Estado está ahora en peligro por las políticas neo-liberales. Desde la perspectiva popular, sin embargo, el Estado es un aliado del pueblo: debe velar sobre todo por la vida de los pobres y por la vida de la naturaleza. No se trata de tomar el poder para desde ahí hacer transformaciones. Ya vimos que esa tarea política es imposible, irrelevante, y ha entrado por el camino de la corrupción. Lo que es

posible es ejercer presión desde la sociedad civil para una reconstrucción del Estado, presionando sobre las leyes y estructuras, desde abajo, desde los poderes locales y comunales. En los últimos años tenemos muchos ejemplos de esta eficacia liberadora de la sociedad civil: se han cambiado estructuras patriarcales y racistas, se han frenado leyes abusivas, se han destituido presidentes y ministros corruptos, se han llevado a la cárcel militares asesinos, incluso se han detenido golpes de estado. También, desde la sociedad civil, se puede ejercer presión sobre el mercado. Los movimientos alternativos, especialmente en los campos productivos, de comercialización y ecológico, han logrado influir de modo eficaz sobre el mercado, frenando políticas económicas destructivas del pueblo y de la naturaleza o potenciando otras políticas económicas populares.

En la sociedad civil se prioriza hoy día principalmente la educación de base: educación en la acción, en la comunidad y dentro de los movimientos sociales. Esta educación busca desarrollar y fortalecer la sociedad civil desde abajo, busca fortalecer las organizaciones populares, de identidad a los nuevos sujetos sociales y clarifica y hace crecer la nueva conciencia que ya hemos descrito. Asimismo, se privilegia todo lo que es participación y poder local.

No cabe duda de que la Iglesia de los Pobres puede jugar un papel importante en la construcción y el fortalecimiento de la sociedad civil. La Iglesia, en particular a través de las Comunidades Eclesiales de Base, ha impulsado en forma decisiva los nuevos movimientos sociales, ha colaborado en la formación de los nuevos sujetos y ha fortalecido la nueva conciencia con la dimensión comunitaria, ética y espiritual que le es propia. Allí donde la Iglesia ha desarrollado un trabajo de base, la sociedad civil alternativa ha nacido con más fuerza y consistencia. La Iglesia de los Pobres ha jugado un papel especialmente importante en la educación de base, tanto en lo formal como en lo popular. El futuro de la Iglesia de los Pobres está en el desarrollo y el fortalecimiento de la sociedad civil, sobre todo a partir de las mayorías excluidas y fragmentadas. Los pobres necesitan de la Iglesia para constituirse en Pueblo de Dios, para reconstruir la vida, las esperanzas y utopías perdidas. En el pasado la Iglesia de los Pobres estaba demasiado

marcada por el poder político, y en algunos casos también ideologizada en función del poder. Hoy se hace necesario redefinir el papel social de la Iglesia de los Pobres dentro de la sociedad civil. Más adelante definiremos teológicamente la identidad y la misión específica y propia de la Iglesia de los Pobres, por el momento nos interesa llamar la atención sobre su nueva ubicación histórica y social.

1.4. La afirmación de la vida y la resistencia al sistema neo-liberal de mercado

El objetivo fundamental e inmediato de los movimientos sociales es la defensa de la vida: trabajo, tierra, casa, comida, salud, participación, educación y celebración. Cada movimiento social, desde una perspectiva específica, busca construir un espacio donde la vida de cada persona sea posible y creíble. La defensa de la vida se da en todos los campos: económico, social, político, comunitario, cultural, ético y espiritual. Cada movimiento tiene un sujeto específico, desarrolla un tipo diferente de conciencia, tiene objetivos propios, no obstante todos siguen la lógica y la racionalidad de una vida plena para todos. La vida concreta para todos es el criterio de racionalidad y de discernimiento ético y espiritual. Lo bueno, lo verdadero, lo justo y lo bello es que todos tengan vida. La afirmación de la vida se impone por encima de los criterios de eficiencia y rentabilidad propios de una economía de libre mercado.

La Iglesia de los Pobres también asume la vida para todos como criterio de racionalidad y de discernimiento ético y espiritual. La Iglesia discierne la llegada del Reino de Dios en la vida del pueblo, en especial en la vida de los pobres y excluidos. La experiencia de Dios en la vida de todos es lo que permite distinguir el Dios de la vida de los ídolos de la muerte. La Iglesia no puede aceptar una lógica de exclusión y del desprecio de la vida de los pobres; tampoco puede aceptar la lógica del progreso o de la modernidad, si ésta destruye la naturaleza. La Iglesia de los Pobres tiene una ética de la vida y no una ética de la ley. La ley está al servicio de la vida y no al revés. La vida es absoluta y está por encima de toda ley, incluso de la ley de la propiedad privada y de la ley de cumplimiento de los contratos. Cuando la vida de un pueblo, por

ejemplo, está amenazada por el pago de la deuda externa, entonces lo ético es no pagar la deuda externa, pues la vida es un absoluto que está por encima de toda ley.

Existe una distinción muy importante para definir el sentido de una práctica de resistencia: se trata de la distinción entre la institución y el espíritu de la institución. Las instituciones funcionan cuando hay un espíritu que las anima. Cuando una institución pierde el espíritu, la institución deja de funcionar. El sistema económico de libre mercado se presenta como la única alternativa y tiene el poder para imponerse como la única alternativa y para destruir cualquier otra alternativa posible. A corto plazo y a un nivel macro-económico quizás esto sea cierto. Sin embargo, podemos afirmar que si bien no hay alternativa al sistema de libre mercado, si hay una alternativa al espíritu del sistema. Retomando una frase de Jesús, recogida en el cuarto evangelio, podemos decir que estamos en el mundo, pero no somos del mundo, estamos en una economía de libre mercado, pero no somos de este sistema económico dominante. Esta alternativa al espíritu del sistema la vivimos en una práctica de resistencia al sistema en los terrenos cultural, ético y espiritual. Las resistencias cultural, ética y espiritual al sistema de libre mercado tienen como contexto concreto la defensa de la vida al interior de los movimientos sociales. Podemos vivir una cultura de la vida resistiendo la cultura consumista del mercado; podemos vivir igualmente una ética de la vida contra la ética individualista y materialista del mercado, una ética del ser contra una ética del tener, una ética del amor contra una ética de la ley; finalmente, podemos vivir la espiritualidad de Dios de la vida resistiendo la espiritualidad fetichista e idolátrica del mercado. No cabe duda de que la Iglesia de los Pobres es el terreno privilegiado de esta resistencia cultural, ética y espiritual al sistema económico de libre mercado.

2. La identidad de la Iglesia de los Pobres en la nueva situación histórica

La Iglesia de los Pobres ya no es la misma de los años setenta u ochenta. Hay cambios profundos. Es necesario captar las rupturas que estamos viviendo. Estas rupturas ciertamente se dan —como ya dijimos

en la introducción— dentro de una línea de continuidad-fidelidad con el Concilio Vaticano II, con las conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo; y sobre todo en continuidad con la herencia dejada por nuestros profetas y mártires de los últimos años.

En la actual transformación de la Iglesia hay un fenómeno incipiente, que tendrá consecuencias importantes a largo plazo: la jerarquía católica empieza a distanciarse lentamente de la sociedad política y se desplaza hacia la sociedad civil. El poder político se hace tan irrelevante y corrupto, que la misma Iglesia jerárquica empieza a tomar distancia de ese poder político. Hoy día los obispos descubren que es más interesante relacionarse con los dirigentes de los movimientos sociales, que con presidentes o ministros. En este desplazamiento hacia la sociedad civil, los obispos necesitan más que nunca a todas las organizaciones eclesiales de base, especialmente a las Comunidades Eclesiales de Base y a los líderes cristianos de los movimientos sociales. Por otro lado, las Comunidades de Base logran insertarse mucho más rápida y eficazmente en la sociedad civil cuando cuentan con el apoyo de la jerarquía. Este doble proceso está llevando a una mayor unidad de la Iglesia, donde jerarquía y grupos de base se necesitan mutuamente cada día más.

La Iglesia descubre su futuro en su inserción cada vez mayor en la sociedad civil. Esto es una realidad. Ahí la Iglesia encuentra su lugar tradicional de inserción en el mundo. Sus alianzas con el poder político dominante la tenían alienada de su lugar natural. La inserción de la Iglesia en la sociedad civil, tal como la hemos descrito en el apartado anterior, implica para la Iglesia el reconocer los nuevos sujetos que emergen desde la sociedad civil (mujeres, indígenas, negros, jóvenes, moradores sub-urbanos) y la nueva conciencia que van reconstruyendo estos nuevos sujetos (con sus componentes de género, cultura, naturaleza, generación, comunidad, ética y espíritu). Ahora bien, esta inserción de la Iglesia como totalidad en la sociedad civil implica una transformación interior de la misma Iglesia. Podemos afirmar, ahora al interior de la Iglesia, lo que decíamos de la sociedad global: la exigencia de un desplazamiento desde la sociedad política hacia la sociedad civil. En la Iglesia, en forma análoga, encontramos una estructura política y

una sociedad civil. La estructura jerárquica se asimila a una estructura de poder y la sociedad civil sería el conjunto organizado del Pueblo de Dios. No se trata de desconocer la naturaleza jerárquica de la Iglesia, pero sí reconocer que la Iglesia jerárquica se sostiene y se renueva sobre todo con la fuerza espiritual organizada del Pueblo de Dios. La jerarquía es jerarquía no cuando está *arriba*, sino cuando está en el *centro* del Pueblo de Dios, organizado en comunión de comunidades. Tenemos que cambiar nuestra eclesiología y descubrir dónde está la fuerza que hace caminar a la Iglesia. A lo largo de sus veinte siglos de historia, siempre la Iglesia se ha renovado por la fuerza espiritual que nace del Pueblo de Dios y de sus comunidades y movimientos de base. Los que han estremecido y renovado a la Iglesia han sido siempre los santos, los mártires, los teólogos, los fundadores de órdenes religiosas y otros movimientos espirituales de base. Los obispos han participado en la reforma de la Iglesia en la medida que han acogido y dado expresión institucional a esa fuerza espiritual del Pueblo de Dios o ellos mismos han sido teólogos, santos o fundadores. Si en la sociedad global la esperanza pasa por la sociedad civil, también hoy en la Iglesia la esperanza pasa por la fuerza espiritual organizada del Pueblo de Dios.

La Iglesia de los Pobres, como modelo de Iglesia o nueva manera de ser Iglesia, privilegia la inserción de la Iglesia en las mayorías pobres de la sociedad. Estas mayorías se hacen presente en los movimientos sociales y populares y por eso la Iglesia de los Pobres busca ser iglesia dentro de ellos: educando y animando el mundo de los pobres con toda la fuerza cultural, ética y espiritual que le es propia. Los movimientos sociales, en su gran mayoría, son movimientos de pobres, de oprimidos, de excluidos, o en general movimientos alternativos que buscan crear espacios de vida para los excluidos por el sistema. En estos movimientos, como ya dijimos, nacen nuevos sujetos y una nueva participación, educación y animación espiritual de estos nuevos sujetos y de esta nueva conciencia. Esto exige una Iglesia donde las mujeres, los indígenas, los negros, los jóvenes, los ecologistas, los activistas sociales y todos los líderes de la sociedad civil lleguen a ser también sujetos activos y creadores en la Iglesia. Esta empieza a organizarse, a renovar, crecer, desde este dinamismo de base de la Iglesia inserta en la sociedad civil. Repito que no se trata de desconocer el ministerio

jerárquico de la Iglesia, pero sí de pensarlo y vivirlo en una nueva manera de ser Iglesia. En el pasado, todo dependía de la manera de ser del obispo: de sus ideas teológicas y de sus opciones pastorales. Hoy esto es importante, pero la vida de una diócesis tiene un dinamismo tal, que un cambio de obispo, aunque significativo, no es decisivo. La Iglesia empieza ya a funcionar y a caminar con el dinamismo adquirido por el Pueblo de Dios y todas sus comunidades organizadas. La eclesiología se centra en este dinamismo a largo plazo del Pueblo de Dios y no en el carácter o teología coyuntural de sus ministros jerárquicos.

Hemos dicho que la estrategia fundamental de la Iglesia de los Pobres no es la confrontación, sino el crecer ahí donde está su fuerza propia. En los últimos tiempos se ha superado en gran medida la polarización interna de la vida de la Iglesia. Cuanto más la Iglesia se inserta en la sociedad civil y se renueva internamente a partir de la dinámica viva del Pueblo de Dios; cuando más los laicos y las laicas en sus comunidades organizadas asumen la responsabilidad de la marcha de la Iglesia, tanto más desaparece esa vieja contradicción entre la jerarquía y la Iglesia de base. Hoy la Iglesia vive más cohesionada, más segura de sí misma en sus opciones liberadoras, más despreocupada de las instituciones y personas que quedan por fuerza del dinamismo fundamental de la Iglesia como Iglesia de los Pobres. Vivimos una nueva eclesiología, donde el dinamismo interno de la Iglesia nace de la organización de la Iglesia como Pueblo de Dios. En esta situación, toda dinámica institucional que vaya en contra de la dinámica fundamental del Pueblo de Dios, se hace marginal y superflua; puede ser molesta, pero no llega a detener la dinámica esencial de la Iglesia como Pueblo de Dios. La Iglesia se reforma a sí misma, crece y se fortalece, fundamentalmente por la actividad comunitaria y organizada de sus laicos y laicas. Son ellos y ellas los que llevan la Iglesia. Por eso muchos evitan hoy la designación Iglesia de los Pobres y prefieren decir Iglesia Pueblo de Dios. No obstante, como de hecho el Pueblo de Dios son en su mayoría pobres y son los pobres los que mayor dinamismo tienen en la vida de la Iglesia, seguimos diciendo Iglesia de los Pobres.

Hoy más que nunca descubrimos el papel positivo de la Iglesia cuando se inserta en la sociedad civil. Podríamos decir que nuestros pueblos necesitan de una Iglesia Pueblo de Dios inserta en la marcha del pueblo pobre. En este sentido crece una actitud básica de valoración positiva de la Iglesia, y crece igualmente la tolerancia con aquellos elementos institucionales opuestos a esa organización liberadora de la sociedad civil. Disminuye el radicalismo crítico anti-institucional y se busca más bien valorar todo desarrollo de la vida de la Iglesia que anima la marcha del pueblo y su lucha por la vida. La Iglesia, como parte de la sociedad civil, a pesar de sus defectos y limitaciones, es una fuerza creadora y signo de esperanza en medio de los pobres y excluidos. Muchas veces la Iglesia es la única institución que les queda a los pobres y su única esperanza. Caminar con la Iglesia es una manera concreta de caminar con los pobres.

La Iglesia es un espacio de educación en el seno del pueblo: educación para la vida, para vivir en comunidad, para la participación creativa y el ejercicio del poder a nivel de base. Específicamente, se intensifica la educación cristiana a nivel de catequesis general o a nivel de formación de líderes. En la actualidad la Iglesia en América Latina es la institución que más educa y forma a líderes de base. Se realizan miles y miles de talleres de formación y cursos de todo tipo. Cada año arriba de cien mil laicos participan en cursos intensivos de formación cristiana. Toda esta actividad tiene éxito y es eficaz porque responde a una necesidad, a nueva eclesiología que está naciendo desde la base. Un tipo de formación que tiene un especial desarrollo es la formación bíblica, pues a través de ella el Pueblo de Dios está recuperando el sentido de la Palabra de Dios. Igualmente crece la participación de los laicos en todos los espacios de educación teológica de la Iglesia. Crece el número de laicos con maestrías y doctorados en teología; especialmente notorio es el número creciente de mujeres en este campo.

Una estructura esencial para la inserción de la Iglesia en la sociedad civil y en el mundo de los pobres son las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs) y movimientos o comunidades similares. A través de las CEBs la Iglesia institucional y global se hace presente en la vida del pueblo, y el pueblo a través de las CEBs es este proceso de

participación, sobre todo en el mundo de los pobres, pues son éstos los que normalmente no tienen ningún espacio de participación en las grandes estructuras de la Iglesia. Es desde las CEBs que podemos reconstruir y refundar constantemente la Iglesia como Pueblos de Dios encarnado en la sociedad civil y, en especial, en el mundo de los pobres.

Otra transformación estructural de la Iglesia para su inserción en la sociedad civil es la transformación de su estructura ministerial. En el actual modelo de Iglesia, la estructura ministerial está demasiado jerarquizada como estructura de poder dentro de la Iglesia, con un carácter patriarcal (excluyente de las mujeres) y en ciertos casos se ejerce con autoritarismo. La estructura ministerial no debe organizarse como pirámide de poder, sino como el centro unificador y animador de una comunión de comunidades. Debemos además multiplicar los carismas y ministerios de base: delegados de la Palabra, animadores de comunidades, encargados de los enfermos, músicos, misioneros, catequistas, maestros, teólogos, lectores, diáconos, coordinadores de pastoral, etc. En esta estructura ministerial ampliada debemos dar mayor participación a las mujeres, los indígenas, los campesinos, los negros, los jóvenes y los pobres y excluidos en general.

La Iglesia Pueblo de Dios es una Iglesia auténticamente ecuménica. Si el dinamismo del crecimiento eclesial está en el Pueblo de Dios, y este Pueblo es de Dios y no propiedad de ninguna Iglesia, entonces cada día más las iglesias se encuentran al interior de una misma identidad eclesial, respetando el pluralismo de tradiciones y formas diferentes de ser Iglesia. La Iglesia es cada vez más una comunión de iglesias de diferentes tradiciones.

El proceso de transformación de la Iglesia en la nueva situación que vivimos es tan acelerado y creativo, que por el momento basta descubrir el sentido de la transformación social y eclesial. Vivimos un tiempo de transición, donde mueren las formas antiguas de ser Iglesia y todavía no se perfilan las alternativas claras para el futuro. Pero, como ya dijimos, es un momento creativo de construcción de fundamentos. Eso ya se está haciendo, lo que nos hace mirar el futuro próximo y lejano con un moderado optimismo. La esperanza existe, hay que saber

descubirla y reconstruirla con paciencia histórica, con espíritu de fe y con amor a la Iglesia. No debemos olvidar, por lo demás, que en medio de todas las transformaciones históricas, la Iglesia vive su condición escatológica y trascendente que nos hace descubrir la presencia de Jesús resucitado en su seno y la fuerza del Espíritu y de la Palabra que en ningún momento nos abandona, cualesquiera sean los avances o retrocesos institucionales de la Iglesia. En ciertos momentos y lugares es verdad aquello de que cuando más mal le va a la Iglesia institucional, más transparente se hace la historia de la Salvación en el mundo.

3. La fuerza de la Iglesia de los Pobres en el contexto actual

Hay tres campos específicos donde la Iglesia de los Pobres redescubre y reconstruye de una manera especial su fuerza espiritual en el actual contexto histórico. Se trata de la espiritualidad, la hermenéutica y la teología de la liberación. Es la fuerza que la hace crecer y responder a los nuevos desafíos. Sobre este fundamento iremos construyendo con esperanza y paciencia las alternativas sociales y eclesiales que necesitamos para asegurar el futuro de la Iglesia de los Pobres en los nuevos contextos del siglo XXI y del Tercer Milenio.

3.1. Una espiritualidad liberadora

La espiritualidad es la vida según el Espíritu. El problema es saber por dónde pasa hoy el Espíritu, cómo discernir entre el Espíritu de vida y los falsos espíritus de la muerte: los fetichismos alienantes e idolátricos. El mercado de las espiritualidades es en la actualidad abundante: se ofrece toda clase de espiritualidades exóticas, alienantes, misteriosa, extraterrestres y electrónicas. Todas funcionan como una droga barata para superar problemas, enfermedades y conflictos. Cuando la droga se agota, los usuarios se encuentran peor que antes. Muchas espiritualidades funcionan como espejismos engañosos o como profecías o mesianismos falsos de salvación. Más que nunca el Espíritu exige discernimiento.

El occidente cristiano tiene una antigua tradición espiritual que se remonta a los filósofos griegos, o cuando el cristianismo fue "evangeli-

zados por estos filósofos. Podemos resumir esta tradición en el siguiente paradigma, tomado casi literalmente de Aristóteles: el alma es al cuerpo, como la forma a la materia, como la razón al apetito, como el amo al esclavo, como el hombre a la mujer, como el adulto al niño, como el humano a la naturaleza; cuando la conquista de América, Juan Ginés de Sepúlveda agregó: como el español indio. En este paradigma el alma aparece como el ámbito de lo espiritual, como el lugar del encuentro con Dios; por el contrario, el cuerpo es el ámbito material y el lugar propicio del pecado. Desde entonces la espiritualidad ha sido algo propio del alma (no del cuerpo), algo propio del amo (no del esclavo), del hombre (no de la mujer), del adulto (no del niño), del humano (no de la naturaleza), del europeo (no del colonizado). La espiritualidad quedó así identificada con la racionalidad de todas las dominaciones (clasistas, patriarcales, racistas, adulto y antropocéntricas). Esta perversión espiritual original está en la raíz de todas las perversiones alienantes e idolátricas modernas.

La reconstrucción de una espiritualidad liberadora debe romper con el paradigma que hemos descrito y discernir la presencia del Espíritu especialmente ahí donde ha sido negado; en el ámbito del cuerpo, del pobre, de la mujer, de los niños, de la naturaleza. ¿Por qué hay en la actualidad tanta espiritualidad en la Iglesia de los Pobres? Justo porque ha optado por los pobres y excluidos y ha hecho de esa opción el criterio del discernimiento de la presencia y la fuerza del Espíritu. Debemos reconstruir un nuevo paradigma para una espiritualidad liberadora, y para ello se hace indispensable la Biblia interpretada con el Espíritu con que fue escrita, es decir, con la espiritualidad de los pobres, los niños, los excluidos. Un punto de partida seguro es Pablo de Tarso, quien en sus cartas describe dos tendencias fundamentales en el ser humano: una espiritual que lleva a la vida y otra carnal que lleva a la muerte. Se trata de la vida o muerte del ser humano integral: en su cuerpo y alma. El Espíritu Santo es quien hace triunfar en nosotros la tendencia hacia la vida; el Pecado da fuerza a la carne que nos lleva a la muerte. Por la fe nos abrimos al régimen del Espíritu y de la vida; la ley nos encierra en el régimen del Pecado y de la muerte. La vida humana integral es lo que nos permite discernir entre la vida según el Espíritu y la vida según la carne. La espiritualidad

liberadora es una espiritualidad de la vida, en contra de una espiritualidad de la ley, del pecado y de la muerte.

3.2. La lectura comunitaria de la Biblia

Existe hoy en toda América Latina y el Caribe un movimiento que se llama Lectura Comunitaria de la Biblia. En algunos lugares lo llaman Lectura Popular de la Biblia. En este movimiento es el mismo Pueblo de Dios, organizado en una comunión de comunidades y movimientos, el que empieza a leer y a interpretar directamente la Biblia a partir de su situación social, cultural y espiritual. Es un movimiento eclesial que está transformando a las CEBs y a otras organizaciones de base de las iglesias; no es sólo un movimiento de pastoral bíblica, sino una animación bíblica de toda la pastoral. Es un movimiento ecuménico que levanta la Palabra de Dios como la máxima autoridad, por encima y más allá de los límites eclesiales y religiosos. Es igualmente un proceso educativo, un cambio de espiritualidad y santificación y, finalmente, un movimiento de animación espiritual en la transformación global de la sociedad. No es un movimiento de éxito fácil y de muchedumbres, pero sí un movimiento que crece con rapidez y que está poniendo fundamentos sólidos para reconstruir el movimiento de Jesús en el siglo XXI y en el Tercer Milenio.

La Hermenéutica de la Liberación es la teoría sistemática de este movimiento de Lectura Comunitaria de la Biblia. Es el acto segundo de esa práctica que es el acto primero. La Hermenéutica de la Liberación busca dar legitimidad, orientación y consistencia teórica a esa práctica de relectura bíblica. Es importante explicar teóricamente los cambios de paradigmas, las rupturas epistemológicas, los presupuestos hermenéuticos y los métodos de la Lectura Comunitaria de la Biblia; igualmente, su coherencia con la fe y la Tradición del conjunto de las iglesias. Sin una teoría hermenéutica, la Lectura Comunitaria de la Biblia corre el riesgo de transformarse en una simple popularización de la Biblia y de caer en un biblicismo inconsistente, manipulado por los movimientos sociales o marginados de la iglesia.

La Hermenéutica de la Liberación no es sólo una hermenéutica contextualizada o una hermenéutica con una opción y ubicación social.

La Hermenéutica de la Liberación como teoría y la Lectura Comunitaria de la Biblia como práctica busca como crear un nuevo espacio hermenéutico que pretende diferenciarse del espacio hermenéutico académico y también del espacio hermenéutico litúrgico-institucional de las iglesias. Este nuevo espacio no está contrapuesto a los otros espacios tradicionales; es simplemente diferente en su hermenéutica, pero articulado con los otros espacios ya existentes. Este espacio comunitario necesita el apoyo del espacio académico y del espacio litúrgico-institucional, para no transformarse en un movimiento bíblico espiritualista, fundamentalista o sectario. En sentido inverso, la lectura comunitaria de la Biblia está transformando la interpretación de la Biblia que se hace en los espacios académicos y litúrgico-institucional. La lectura comunitaria es en lo fundamental una lectura comunitaria es en lo fundamental una lectura espiritual, hecha en un clima de oración y compromiso, que utiliza el método de la *Lectio Divina*. Este nuevo espacio hermenéutico comunitario no cuestiona los métodos tradicionales de la interpretación bíblica, sino que cuestiona radicalmente el espíritu y la finalidad con que estos métodos son utilizados. La Lectura Comunitaria de la Biblia cuestiona también la pedagogía en los estudios y en la formación bíblica. Se cuestiona una pedagogía elitista, autoritaria e individualista, y se busca crear una nueva pedagogía comunitaria, participativa y liberadora. En este nuevo espacio hermenéutico, creado por la Lectura Comunitaria de la Biblia, el sujeto intérprete es la misma comunidad, que hace una interpretación de la Biblia a partir de la experiencia cultural y espiritual de la comunidad, en la cual participan los nuevos sujetos constructores de la sociedad civil: los excluidos, los indígenas, los negros, las mujeres, los jóvenes, etc. Es en este espacio hermenéutico donde se hace posible la inculturación del Evangelio y la animación ética y espiritual de los movimientos sociales emergentes. En el nacimiento de la Lectura Comunitaria de la Biblia han tenido influencia los métodos pedagógicos de la educación popular y los elaborados por la Teología de la Liberación y por las CEBs (con su método tradicional del "ver-juzgar-actuar-evaluar y celebrar").

La Lectura Comunitaria de la Biblia es una escuela de formación de la fe y un proceso pedagógico de capacitación de agentes y anima-

dores pastorales, en particular de laicos y laicas. La Biblia es el Canon de la fe cristiana, es decir, la norma o criterio de discernimiento de la fe, la gramática de nuestra experiencia espiritual, las "Sagradas Escrituras" de nuestra tradición cristiana. En la Lectura Comunitaria de la Biblia el Pueblo de Dios se está apropiando directamente del texto de las Sagradas Escrituras, del Canon mismo de la fe, y con esta medida o canon está descubriendo la Palabra de Dios en la Biblia; además, con la Biblia en sus manos está descubriendo la Palabra de Dios en el libro de la vida. Este encuentro con la Palabra de Dios, que se hace en la Iglesia y con la ayuda del magisterio y de la ciencia bíblica, está transformando a los cristianos, en especial a los laicos y laicas, en verdaderos sujetos dentro de la Iglesia, sujetos que con autoridad, legitimidad y eficacia, están proclamando la Palabra de Dios y transformando la Iglesia y la sociedad. El movimiento de Lectura Comunitaria de la Biblia es así una verdadera escuela de profetas y un proceso pedagógico en la promoción del laicos en la Iglesia.

En nuestro mundo católico han tenido una influencia muy positiva, en el surgimiento y fortalecimiento de una Hermenéutica de la Liberación, dos grandes documentos sobre la Biblia: la Constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación del Concilio Vaticano II (18 de noviembre de 1965) y, últimamente, el documento de la Pontificia Comisión Bíblica sobre la Interpretación de la Biblia en la Iglesia (15 de abril de 1993). Nuestro aporte está en continuidad y en consonancia con esta tradición del magisterio de la Iglesia.

3.3. Una nueva Teología de la Liberación

No es posible una renovación de la Iglesia sin una renovación teológica dentro de ella. El modelo de Iglesia que hemos llamado Iglesia de los Pobres ha surgido en América Latina con la corriente teológica que llamamos Teología de la Liberación. Si ahora estamos asumiendo la tarea de renovar nuestra Iglesia para enfrentar los desafíos futuros, tenemos también que repensar nuestra Teología.

Más arriba hemos hablado del desplazamiento de la esperanza desde la sociedad política hacia la sociedad civil, y del surgimiento de una nueva sociedad civil a partir de los movimientos sociales; en ellos

surgen nuevos sujetos y una nueva conciencia. La Teología de la Liberación también está viviendo los cambios que hemos descrito, y en la actualidad se ha diversificado en una pluralidad de Teologías de la Liberación: Teología de la Liberación de la mujer, Teología de la Liberación de los jóvenes, Teología india y negra de la Liberación, Eco-Teología de la Liberación, etc. Surgen nuevos sujetos que hacen teología y nuevos espacios de creatividad teológica. Está naciendo una teología más narrativa, simbólica, sapiencial y testimonial. Se explicitan las teologías implícitas en los movimientos religiosos populares y en la vida de las CEBs. Surgen nuevos teólogos y teólogas profesionales, principalmente laicos y laicas, que hacen y escriben teología. Se multiplican asimismo los teólogos en las comunidades y movimientos de base, que hacen teología a partir de su experiencia espiritual en los nuevos movimientos sociales. También la Teología de la Liberación dialoga ahora con una diversidad más amplia de ciencias sociales como la economía, la antropología, la psicología y la ecología. Este resurgir de la Teología de la Liberación es un signo de esperanza para la Iglesia de los Pobres y la capacita para enfrentar los nuevos desafíos del presente y futuro de América Latina.

[Tomado de «Pasos», 65 (mayo-junio 1996) 9-16, San José, Costa Rica